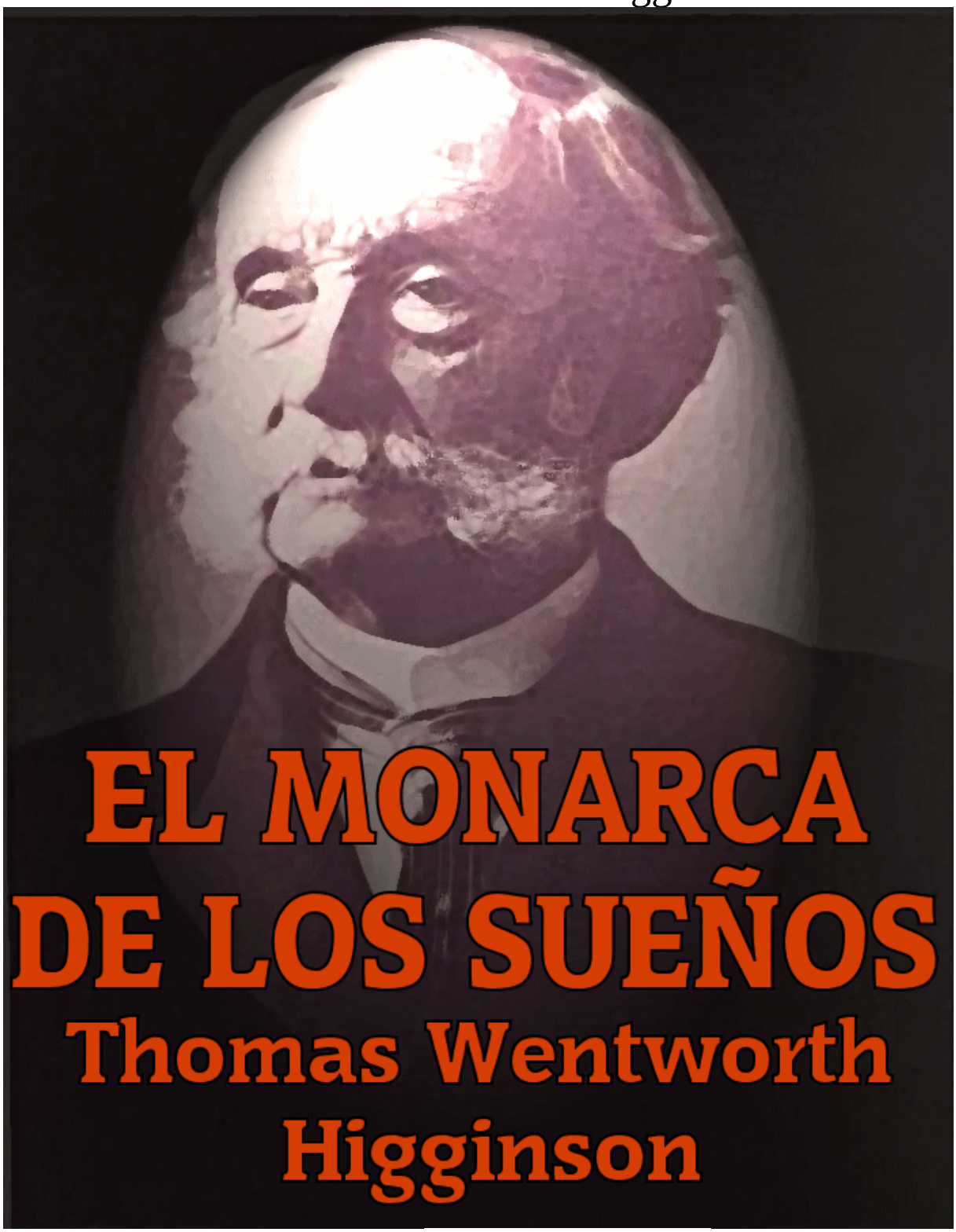
El Monarca de los sueños
Thomas Wentworth Higginson



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Aquel que abandone el ferrocarril y se aventure a través de la región montañosa de Nueva Inglaterra debe seguir invariablemente una regla. Cuando llegue a una bifurcación del camino y deba preguntar qué dirección seguir, debe simplemente preguntar por el mejor camino; y luego de serle señalado seguir el otro. La explicación es simple. Los transeúntes siempre recomiendan la ruta nueva, que va hacia el valle y elude las colinas. Pero el viejo camino, ahora abandonado por el público común, asciende las gradas empinadas y ofrece a la vista un panorama inigualable.

Al tomar el viejo camino uno siente de pronto que las casas y los hombres están, de alguna manera, desamparados. Sus habitantes ven muy poco del mundo y carecen de estímulos para sentirse sanos. Se está bastante lejos de los tristes declives de los techos franceses y de las caricaturas de la época de la buena Reina Ana. Si alguna de las casas de campo del camino a las colinas fue construida durante el reinado de esa potentada abusadora es probablemente una sólida y cuadrada casona de ladrillos, de tres pisos de alto, ennegrecida por el tiempo, y ceñida más que tristemente aferrada a la cima de alguna colina... una parte esencial del pasado, tal como una redonda torre irlandesa o una fortaleza escocesa de frontera. Uno o dos olmos frondosos se apoyan en ella. Está separada de la carretera por un cerco de lilas y postes de madera excesivamente grandes. Una baja pared de piedra rodea los amplios establos y cobertizos de madera despintada ahora gris por el tiempo; y cerca de ellos hay un jardín descuidado, donde las flores, los claveles y las trigidias están separados por setos irregulares de boj. La casona está como enmarcada por los magníficos atardeceres y las distantes hileras de montañas, y por los lagos bordeados de pinos y castaños. Observándola contra el cielo lívido o en medio de la bruma que se cierne sobre el paisaje tiene el aspecto impresionante de un castillo feudal; y como ellos está casi desierta: la vida humana se ha ido deslizando rumbo al valle, hacia el pueblo fabril donde hormiguean los francocanadienses.

Fue una casa de este tipo la que Francis Ayrault eligió finalmente como morada, dejando tras de sí el viejo hogar familiar en un pueblo costero cercano a Rhode Island. La serie de cuidados y atenciones domésticas casi lo habían desmoronado: nada debilita tanto a un hombre de naturaleza fuerte como el prolongado y único ejercicio de la lástima. Por último, cuando hasta el mismo lugar de su nacimiento fue elegido como emplazamiento de una nueva estación ferroviaria, no pareció haber allí ya nada que pudiera retenerlo. Necesitaba descanso y renovación total; nada que hubiera amado profundamente había quedado sobre la tierra, excepto el rayito de sol de una hermana, nacida de un segundo matrimonio de su padre. Esta niñita de cinco años, de quien era único custodio, había sido bautizada con el curioso nombre de Hart, tal como uno de sus ancestros, Hart Ayrault, cuya tumba cubierta de musgo ella había explorado muchas veces, trazando con sus deditos las desvanecidas letras de su propio nombre.

Ambos llegaron una mañana procedentes de la cercana estación ferroviaria a tomar posesión de la vieja casona de ladrillo. Ayrault ocupó el día en desempacar y realizar consultas con Cyrus Gerry... el granjero a quien había comprado las tierras, y que aún seguiría manejando los trabajos externos del lugar. La niña, por su parte, había arrastrado a su vieja aya por todos los rincones de la edificación. Por último todos se encontraron frente a la primera cena, durante la cual la pequeña Hart, demasiado absorta por la novedad de las frambuesas silvestres, fue incapaz, ni siquiera casualmente, de notar la fatiga de su hermano y su aire de abatimiento.

-¡Hermano Frank! -exclamó incidentalmente, mientras comenzaba su segunda ración de frambuesas-. ¡Te quiero tanto!

-Gracias, querida -fue la mecánica respuesta a ese acostumbrado estallido de amor.

Ella estuvo silenciosa un tiempo, absorta en su placentera ocupación, y luego continuó su charla, ahora más específica.

-¡Hermano Frank, eres la persona más buena del mundo! ¡Estoy tan contenta de que hayamos venido aquí! ¿Nos quedaremos a pasar el invierno? Debe ser un lugar encantador en

invierno; y en el granero hay un pequeño trineo al que le falta sólo un patín. ¡Hermano Frank, te quiero tanto que no sé que hacer! ¡Te quiero hasta la luna y más allá aún, tanto que no sé cómo decirlo! Y también hay tres gatitos grises -uno casi blanco-, y Susan me dijo que mañana te los traje, para verlos.

Una hora y media más tarde los brillantes ojos estaban cerrados por el sueño, los miembros vigorosos en perfecto reposo. La niña pasó la noche en el pequeño cuarto contiguo al de su hermano, en la misma cama que había ocupado desde que había dejado el seno de su madre. Pero Ayrault yacía despierto, absorto en proyectos demasiado fantásticos para hablar de ellos, y que habían contribuido más que ninguna otra cosa a conducirlo a esa casona solitaria.

Entre los habitantes de Rhode !stand, aun antes de los días Roger Williams, se había desarrollado una especie de gusto por una forma ideal de Vida. Es el único estado de la Unión donde los magistrados habitualmente escriben poesía, y los prósperos comerciantes imprimen ensayos sobre la Libertad de Expresión. Quizá Francis Ayrault había heredado esas tendencias de algún ancestro hugonote que había mezclado su sangre con la cuáquera. De cualquier forma estaba allí, en plena crisis espiritual. Al verse librado de toda atadura había resuelto utilizar esa oportunidad investigando una dirección no explorada aún por el hombre. Al sentir sus deseos terrenales postergados había resuelto realizar un poderoso esfuerzo de autoconcentración y obtener lo que ningún hombre había poseído aún... el poder sobre sus propios sueños.

Proveniente de una raza de soñadores diurnos, Ayrault había heredado una inusual facilidad para soñar también en la noche; y como toda persona que posee un don especial, quizá sobredimensionaba su importancia. Se había convencido a sí mismo de que ningún esfuerzo del intelecto durante la vigilia puede ser comparado, ni por un instante, con los empleados en el sueño. Las mejores creaciones mentales de Shakespeare o Dante, razonaba, son pura estofa comparadas con las producidas por los sueños; y el más estúpido de los ignorantes, la menos entrenada de las mentes, tiene alguna vez, en forma no literaria, visiones que sobrepasan a la de estos maestros. Desde el perro que caza en sueños hasta Coleridge soñando el Kubla Khan e interrumpido por el hombre de negocios de Porlock, todo ser sensible o medianamente sensible, alcanza cimas imaginativas durante el sueño. Y en ellas, razonaba Ayrault, apresamos algo que está más allá de nosotros mismos: toda otra función es autolimitada, ¿pero quién puede poner límite a sus visiones? De todas las formas de Iluminación Interior, ellas son las más internas, realizan la máxima de Friends, quien dijo que ningún hombre se eleva tan alto como aquel que no sabe dónde va. Al despertar, en efecto, ni siquiera podemos recordar dónde hemos estado hace un instante. Probablemente el caudal mayor de los sueños que recordamos no sea sino un jirón y un fragmento de lo que nuestra memoria no pudo apresar.

Pero Ayrault, como todos los otros, estaba fastidiado por la total incongruencia de los sueños sucesivos. Esta sublime navegación esperaba aún, tal como la de los viajes en globo, un timonel. Los sueños, pensaba, intentan conectarse entre sí. Todos hemos tenido la experiencia frecuente de creer reconocer una situación nueva o a veces toda una corriente de ideas. Hemos visto eso antes, alcanzamos ese punto en algún lugar de la truncada y exquisita cuerda de la memoria. Cuando estamos semidespiertos, o algunas veces luego de un largo y límpido estado de conciencia, vemos dibujarse una imagen asociativa casi sumergida en las profundas aguas de la mente, luego otra, y otra, hasta que el sueño parece inseparablemente unido a la vigilia. Algunas veces tenemos, al menos, un cierto grado de control negativo sobre los sueños nocturnos, el suficiente como para lograr despertarnos. Hacía mucho tiempo ya que Ayrault había descubierto y había probado, tal como habían insistido Currie y Macnish, que una pesadilla puede ser disipada obligándose uno mismo a recordar que es irreal. Una y otra vez, al dormir, se había arrojado de torres, caído de globos, hundido en el mar... y siempre había surgido ileso. Esta forma de concluir un sueño poco placentero sólo era, en verdad, un poder relativo. Pero al mismo tiempo sustancial: implicaba la existencia de algún

tipo de control. Si podemos detener el movimiento seguramente seremos capaces de originario. Desde luego que ya había buscado antes en los libros, ejemplos registrados de un control mayor.

Estaba el opio, por supuesto; pero él era una de esas personas sobre las cuales el opio no tiene una influencia muy excitante y, por poca que ésta fuera, no hacía otra cosa que tornar aun más incoherentes sus visiones. El haschish era mucho peor. No debe deducirse de esto que sea necesario recurrir, por amor a los sueños, a la ingestión de carne cruda, como lo hicieron Dryden y Fuseli, o a otras comidas peores aún, como lo hizo la señora Radcliffe. Los experimentos de Giron de Buzaneingues prometían algo más. Había conseguido obtener sueños recurrentes. Se había acostumbrado a dormir con las rodillas descubiertas, en noches frías, y se imaginaba en sueños que estaba conduciendo una diligencia, pues allí era factible que sus extremidades inferiores se enfriaran. Otra vez, usando un gorro de dormir sobre la parte frontal de su cabeza, creyó al dormir estar descubierto ante un cortejo fúnebre, sintiendo un escalofrío en la nuca. Logró el mismo resultado en diferentes ocasiones. Hizo también otro tipo de experiencias, como por ejemplo dejar los pies colgando de la cama, con lo que se imaginaba estar tambaleando al borde un precipicio. Sin embargo hasta estos burdos y superficiales experimentos tenían algún valor, pensaba Ayrault. Si los procesos físicos podían afectar la acción de la mente, ¿no podría acaso la voluntad de niveles más poderosos controlar las silenciosas fantasías nocturnas?

Algunos hechos históricos como las anotaciones de Alderman Clay de Newark, Inglaterra, durante el asedio que Cromwell sometió a la ciudad, hacían renacer sus esperanzas. Durante tres noches sucesivas soñó que su casa se había incendiado, y siguiendo esta advertencia ilusoria sacó a su familia de la morada; y luego, cuando fue realmente quemada por las tropas de Cromwell dejó una donación de cien libras para proveer de pan a los pobres de la ciudad, en reconocimiento por su portentosa salvación. Es verdad que los tres sueños no eran sino repeticiones uno del otro, y de ninguna manera continuos; en realidad no eran el resultado de ninguna voluntad consciente, cuando mucho eran el producto del trabajo sostenido de una influencia mental poderosa, y ésta, a su vez, de las condiciones externas. El experimento no podía ser reproducido. No se podía volver a soñar bajo la presión de los cañones de Cromwell, de la misma forma en que el pueblo chino de Charles Lamb no 'podía quemar siempre sus viviendas para gustar el sabor del cerdo asado. Pero el hecho era que, si los sueños podían ser repetidos por circunstancias accidentales, quizá también podían ser inducidos por el pensamiento consciente.

Ahora que podía experimentar libremente deseaba lograr algo más que un resultado vago o casual, y por lo tanto ordenó sus métodos de trabajo para evitar interrupciones. En lugar de excitarse de día adoptó el método de la moderación estricta: comía regularmente con la niña, entretenido con su charla; comenzó a efectuar sistemáticos paseos a caballo y a pie; evitó la sociedad y los periódicos; se acostaba temprano, encerrándose en un ala de la gran casona, con la pequeña Hart durmiendo en el cuarto contiguo. Una vez que se retiraba no admitía ser llamado bajo ningún pretexto. Hart siempre dormía profundamente, y cuando lo llamaba en la mañana para salir a caminar, él hacía sonar la campanilla para que la vieja Susan llevara a la niña. Podía haber estado más libre, por supuesto, si hubiera dejado a Hart al total cuidado del aya, pero no podía permitírselo. Ella era un legado sagrado y ni siquiera sus amados proyectos podían sustituirla.

Hacía ya mucho tiempo que se le había ocurrido dónde focalizar sus esfuerzos para controlar los sueños. Estaba fascinado con una gran fotografía, que había visto en la vidriera de un negocio, de la fortaleza de Mont Saint-Michel, en Normandía. Lo empinado de su figura, su airosa envergadura, sus tortuosas y retorcidas escaleras, sus torres colgantes y sus almenas; ese aire de verticalidad le había producido un efecto tan poderoso que, por alguna razón, tenía fuerte gravitación en sus sueños. Rara vez somos atrapados por la visión de una planicie, y las montañas lo hacen más frecuentemente. La sensación de elevar o bajar la mirada es una de nuestras más comunes experiencias nocturnas. Ayrault suponía que si iba a

dormir con la vívida imagen mental de una altura tan afilada y soberbia como la de Mont Saint-Michel, podría utilizar la magia, cualquiera fuese ésta, que yacía en la línea vertical. Dejándose caer en la vasta esfera de los sueños, con el filamento de la fantasía unido a esta bella imagen, podría lograr que viniera a él, tal como una araña sujeta su tela y luego flota sobre ella. En el silencio de la primera noche en la casona -la quietud sólo rota por la respuesta cadenciosa de dos chotacabras en el vecino bosque de pinos- Ayrault meditó largo tiempo en los magníficos detalles de la fotografía, y luego se durmió.

Esa noche fue aferrado, con gran vivacidad y precisión, por el abrazo de un sueño que nunca había experimentado antes. Se encontró sobre la ladera de una colina verde, tan escabrosa que sólo tirado de bruces y aferrándose a la corta y blanda hierba, y enterrando sus pies en la maleza, podía mantener el equilibrio. Había nubes sobre su cabeza: podía ver en todas direcciones, pero sólo a corta distancia. No había signos de vida humana, estaba absolutamente solo sobre esa pendiente de vértigo, donde dificultosamente podía mirar hacia arriba o hacia abajo, y donde necesitaba concentrar todos sus esfuerzos para no caerse. A pesar de todo parecía haber algo de cordialidad en la tierra cálida: la comodidad y la fragancia de la hierba aplastada. La visión pareció continuar indefinidamente, pero por último despertó y amaneció. Se levantó con una sensación de perplejidad y fue al cuarto de la pequeña Hart. La niña yacía dormida, su cara redonda enmarcada por los cabellos castaños, y un pesado y moreno brazo apoyado sobre los ojos. Despertó al oír sus pasos y estalló en la acostumbrada y dulce muestra de afecto.

-¡Hermano Frank, te quiero!

Se despidió de la niña y reflexionó sobre su primer experimento. Había tenido éxito, eso era seguro, en lo relativo a lograr dar una dirección al pensamiento nocturno. No podía dudar que era la fotografía de Mont Saint-Michel la que lo había transportado a la empinada ladera. Pasó el resto del día en completa ansiedad, esperando ver si el sueño volvía a repetirse. Escribió todo lo que podía recordar de la visión de la noche previa, estudió nuevamente la fotografía que había impregnado su fantasía y luego cerró los ojos. Se encontró nuevamente -en algún momento entre la noche y la mañana- sobre la elevada ladera, con las nubes a su alrededor. Pero esta vez los vapores se disiparon y pudo ver que la colina se extendía a ambos lados hasta una distancia inconmensurable, siempre con la misma empinada pendiente. La colina estaba cubierta por todos lados con seres humanos -hombres, mujeres y niños-, que simulaban alguna ocupación, aunque estaban todos aferrados a la corta hierba. Algunas veces creyó -pero no estuvo seguro de ello-haber visto que alguno se desprendía y se deslizaba hacia abajo. Extrañamente este hecho le preocupó poco. Pero se despertó afiebrado, excitado y tembloroso. Por fin sus esfuerzos habían tenido éxito: había logrado por medio de un esfuerzo de la voluntad una conexión entre dos sueños.

Bajó a desayunar alborozado y ansioso. ¡Qué triunfos de la mente, qué límites de la imaginación podían igualar a los que se abrían delante de él! Como desahogo para su alegría dedicó todo el día a la pequeña Hart, siempre lista a monopolizarlo. Visitó con ella las vacas en los establos, los novillos en el campo de pastura; escuchó sus nombres, sus cualidades y -con mucha vaguedad aritmética- sus edades. Ella le explicó que Leonardo era el producto de una cruza, y que Mabel era traviesa; y que había puesto sus brazos alrededor del pequeño cuello de Regalón. Los animales son para los niños algo casi similar a los seres humanos pues tienen atributos de humanidad que ellos aman mucho: instinto y afecto. Luego Hart le mostró los caballos, los cerdos, unas pocas ovejas y el gallinero. Había sido iniciada hacía muy poco en el arte y el misterio de buscar huevos de gallina y se la pasaba trotando detrás de Cyrus Gerry, como otro pequeño acólito del altar de la granja.

-A ella le gusta jugar -decía Cyrus- como a mis hijos: pero llámele a eso trabajo y. .. ¡adiós! No los culpo. El hecho es -agregó apologéticamente- que ni a mí ni a mis muchachos nos gusta ser atrapados siempre por la misma rutina, sea la poda de árboles o las tareas domésticas.

La verdad era que Cyrus Gerry y sus muchachos, como muchos de los granjeros de Nueva Inglaterra, tenía gustos y aptitudes que interferían tristemente con su trabajo. Un hijo tocaba el órgano en la ciudad vecina, otro estaba aprendiendo por su cuenta a tocar el violín, y el tercero llenaba el establo con modelos de maquinarias semiacabadas. Cyrus mismo leía, una y otra vez, en las tardes de invierno uno de sus libros favoritos, una traducción de Historia de los girondinos, de Lamartine; "girominos" los llamaba habitualmente y encontraba en sus páginas una penosa ilustración de cada evento que le pudiera suceder a su héroe escogido, la Humanidad. Muchas de sus sentencias las había tomado de la vida de Robespierre, y sus elevados y heroicos ejemplos de Vergniaud; tales personajes no perdían nada de su vigor al ser citados como "Robyspierry" y "Virginyord".

Al servicio de su hermanita, Ayrault exploró ese día el viejo establo y el cobertizo, mientras ella daba emocionantes brincos desde el pajar o se sentaba con los tres gatitos grises sobre la falda. Juntos adornaron las salas de la casona con alegres multitudes de azaleas de montaña, con los primeros lirios rojos que encontraron, y con los blancos lirios acuáticos del estanque. Para la niña la vida estaba plena de incidentes en esa casona solitaria. Un día era una marmota joven atrapada en una trampa, y destinada a convertirse en mascota; otro día la feroz matanza de una nidada de pollitos por una lechuza asesina; el siguiente la caída de un nido de golondrinas en la chimenea. En ese día particular charlaba hasta por los codos y Ayrault la escuchaba contento. Pero esa noche perdió completamente su recién logrado control de los sueños y se levantó tan irritado consigo mismo como contra el mundo.

Pasó el día siguiente solo. Le costó a Hart algunas lágrimas la pérdida de su nuevo compañero de juegos, pero una paloma amaestrada la consoló. Esa noche Ayrault reflexionó largamente sobre sus anotaciones de los sueños previos, contempló la fotografía con la cual había comenzado el sortilegio, y fue premiado con el retorno de sus visiones; pero esta vez fueron vagas e imprecisas. Algunas veces estaba de nuevo sobre la desnuda ladera, aferrado a la corta hierba; luego la escena se desplazaba a un castillo, cuyas altas murallas estaba escalando; enseguida se encontró en los Alpes, caminando por un estrecho sendero entre las rocas y glaciares, con el tintineo de un rebaño de cabras jóvenes que, apiñadas a su alrededor en busca de calor, impedían su avance; otra vez estaba siguiendo el empinado curso de un arroyo seco entre las cumbres de Escocia, o deteniéndose a contemplar las moradas de un pueblo desvanecido. Siempre luego de cortos intervalos recobraba la colina cubierta de hierba; parecía la fundamentación de sus visiones, un descanso de sueño dentro de otros sueños. Por último quedó profundamente dormido, con una visión informe y sin propósito, hasta que se despertó sin haber descansado.

La noche siguiente logró atrapar el sueño una vez más. Otra vez se encontró en el declive de abrupta caída; esta vez miraba a través del aire claro la línea que separaba los picos montañosos, Washusett, Monadnock, Mossilauke, la avanzada sureña de las colinas de Nueva Inglaterra. En el valle yacían límpidos lagos, inmersos en la belleza del verano... mientras él se aferraba a su peligroso asidero. De pronto hubo un cambio; la montaña se hundió blandamente y la pendiente cubierta de hierba se transformó en una planicie. Los hombres y las mujeres, sus antiguos acompañantes, se habían levantado de su posición inclinada y estaban dedicados a distintas ocupaciones; algunos de ellos lo miraban, pero en silencio. Transcurrió durante largo tiempo: los soles salieron y se pusieron. Alguna vez uno de la muchedumbre arrojaba sus herramientas de trabajo, volvía la cara al oeste, caminaba alejándose con rapidez y desaparecía. Entonces algún otro tomaba su lugar, de manera que la multitud nunca disminuía en forma perceptible. Ayrault comenzó a sentirse casi sin importancia en esa reunión, y tal sensación no fue placentera.

La noche siguiente la ladera se desvaneció y nunca volvió a reaparecer; pero la vasta planicie permaneció, y también las personas. Sobre el ancho paisaje los rayos de sol dejaban caer sonrisas de luz, ora aquí, ora allí. Cuando brillaban por un momento, las caras se veían felices, y Ayrault descubrió, con sorpresa, que podía controlar la distribución de luz y sombra. Esto le produjo placer; lo elevó en su propia estima. Había, desde luego, una singular

necesidad de relaciones humanas en los lazos que lo unían con toda aquella gente. Se sentía como si los hubiera invocado,y es probable que fuera cierto; podía aniquilarlos a placer, quizá no tan fácilmente como los había conjurado. Entre tanto sentía una cierta dureza en su relación con ellos; desde luego, ¿cómo puede un soñador sentir paciencia o caridad hacia aquellos que sólo existen en su mente? De cualquier manera Ayrault no sentía nada; lo único que lo perturbaba era que a veces se tornaban algo mortecinos, como si fueran a desvanecerse y dejarlo sin compañía. Cuando esto sucedía lanzaba. con volición consciente, un rayo de luz sobre ellos y los revitalizaba. Aumentaban el peso de Ayrault en el universo; no podía tener más interés en ellos que el que podría tener un jefe de clan escocés por sus hombres.

Después de eso no soñó por muchas noches. La pequeña Hart estaba enferma y su mente estaba preocupada. Había tenido que enviar por médicos, darle medicinas, cuidarla por la noche. La interrupción lo había irritado; y también estaba apenado de encontrar algo que parecía ser un tenue muro entre él y ella. Además era rigurosamente fiel a sus obligaciones como enfermero; le gustaba sostener su mano para mitigar su dolor, mirar la dulce, paciente cara. Igual que Coleridge, en su disposición misantrópica, veía, no sentía, qué hermosa era. Luego, con la rapidez que tiene la convalescencia de los niños ella mejoró; y él supo con alegría que podía volver a devanar la madeja de su vida de sueños.

Otra vez estuvo en su planicie, infinita, con el círculo de silenciosos aliados alrededor. Repentinamente todos se desvanecieron, y se elevó frente a él, como si hubiera salido de la atmósfera, un vasto edificio en el cual entró. Abarcaba todas las estructuras en una sola... salas legislativas donde los hombres se congregaban por cientos, esperándolo; bibliotecas donde todos los libros le pertenecían, y gabinetes enteros llenos de sus propias publicaciones; galerías de arte donde muchos de los cuadros habían sido pintados por él, que también había seleccionado el resto. Puertas

y corredores que conducían a habitaciones privadas; filas de servidores obsequiosos se hallaban en todos lados adonde se dirigiera, todos ellos halagando su grandeza personal. De pronto se dio cuenta de que estaba penosamente solo. Entonces comenzó a recorrer los salones buscando la compañía de un semejante, pero en vano. Allí donde iba encontraba la huella de alguien recién desvanecido... un libro caído, una cortina aún agitada. Una vez alcanzó claramente, eso creyó, el objeto de su búsqueda; toda retirada estaba cortada y se encontró cara a cara con un espejo que reflejaba sus propias facciones. Ellas nunca le parecieron menos atractivas.

El control de Ayrault sobre sus visiones se hizo visiblemente más completo con la práctica, al menos en las primeras etapas. Podía tirarse a dormir con la perfecta seguridad de que volvería al punto donde había dejado de soñar la noche anterior. Más allá de esto, ¡ay! no tenía poder. Noche tras noche estaba en el mismo lugar, pero siempre con diferentes ocupaciones y siempre persiguiendo con energía renovada algo nuevo. Algunas veces los libros estaban a su cargo y combatía con gabinetes enteros; otras dirigía un senado que escuchaba en silencio en los salones legislativos; pero lo peculiar de todo era que siempre había criados y subordinados alrededor de él, nunca un igual. Una noche, observando estas multitudes obsequiosas, hizo un sorprendente descubrimiento. Todos tenían originalmente, o habían adquirido, un extraño parecido con alguien, con una persona a la que él había visto en algún lugar. Al día siguiente, en sus horas de vigilia, estos pensamientos lo acosaban. La siguiente noche se dio cuenta de que la persona a quien todos se parecían tanto, con una similitud que ahora se convertía en identidad absoluta, era él mismo.

Desde el momento de su descubrimiento estas figuras se multiplicaron; asumieron un aspecto burlón, provocador, desafiante. El pensamiento que menos podía soportar era que entre todo un mundo de seres innúmeros e incontrolables que pululaban alrededor de él, cada uno de ellos era Francis Ayrault. Y como si esto no fuera suficiente comenzaron a duplicarse ante sus ojos. La confusión era terrible. Las figuras se dividían en gemelos, riendo una de la otra, burlándose, corriendo carreras, midiendo alturas, jugando al rango entre ellos. Lo peor era que todos parecían reclamar la personalidad que él poseía. No podía tener más asidero

sobre su conciencia que lo que el animálculo infusorio en una gota de agua puede saber sobre cuál de sus partes divididas es el individuo original. El sueño se tornó insufrible y, con un esfuerzo poderoso, despertó.

El día siguiente, después del desayuno, la vieja Susan tuvo una conversación con Ayrault y le recriminó' ásperamente por descuidar el estado de salud de la pequeña Hart. Desde su última enfermedad ella nunca había sido la misma; progresivamente se iba poniendo pálida y delgada. Como su hermano no jugaba más con ella se consolaba con sus gatitos, conversando con ella misma. Esto tocó el corazón de Ayrault. Le fue doloroso estar con la niña ese día, llevarla a dar un largo paseo, e ir a ver los huevos de sus gallinas de Guinea. Esa noche la mantuvo levantada más que de costumbre, en lugar de apurarla como hubiera sido su deseo; se encontró retirándose del mundo de sueño que él mismo había creado con tanto esfuerzo. La más tímida y vergonzosa de las personas puede escasamente hesitar más en aventurarse entre una multitud de extraños que Francis Ayrault retrocediendo, esa noche, ante la imagen de ese tropel de gente entremetida, cada uno de los cuales reflejaba su propia imagen. Hubiera estado encantado de volver al pasado y barrer con ellos para siempre. Pero la retirada era unilateral: en el momento en que se dormía todos ellos estaban sobre él, riendo, jugueteando, reclamando una intimidad detestable. Nadie había nunca deseado ver una cara amiga entre extranjeros como él deseaba ver una cara extraña entre esos dobles intolerables. Y era peor cuando las imágenes se hacían cada vez más pequeñas, hasta alcanzar la altura de un alfiler. Se encontró tratando con todas sus fuerzas de mantenerlas en su tamaño original, con el único efecto de que inmediatamente se volvieron tan pequeñas como cabezas de alfiler. Y además su propia individualidad estaba tan distribuida entre ellas que no lograba diferenciarse de los duplicados; así se encontró hundido en el apiñamiento de sus pequeñas criaturas de un octavo de pulgada de alto.

Al ir pasando los días la vieja Susan comenzó a repetir sus advertencias acerca de Hart y finalmente propuso llevarla a su propio cuarto.

-No logra poder dormirse, señor; tiene miedo de sus sueños.

-¿De qué sueños? -dijo Ayrault.

-Oh, sueña con usted, señor -fue la respuesta-. Lo ve muy seguido, junto con una gran cantidad de personas iguales a usted.

Ayrault se derrumbó sobre con silla aterrorizado. ¿No era suficiente que su propia vida fuera desesperadamente acechada por el reino turbulento de su propia creación? ¿pero que la influencia maligna se extendiera también a esa niña inocente? Observó a Hart la mañana siguiente, en el desayuno... se veía pálida, tenía ojeras, y lo miraba tímidamente; su ansioso cariño había desaparecido. Una tentación terrible cruzó la mente de Ayrault por un momento, emplear esa naturaleza intacta en el peligroso sendero de experimentos que había emprendido. Pero esa tentación se desvaneció tan pronto como hubo aparecido. Tenía un solo camino: enviar a la niña lejos, para no correr el riesgo de transmitir algo peligroso a esa joven vida. Sus sueños eran sólo de una semejanza accidental con los de él; de cualquier manera la enviaría a casa de unos familiares lejanos, y pronto ella lograría olvidar.

Después que la niña se hubo ido, un sentimiento de profunda tristeza cayó sobre Ayrault. Por la noche estaba enredado en la trama de su vida de sueños que se habían convertido en pesadillas; de día no había nada que lo entusiasmara. El afecto insaciable de la niña, su ebullición ardiente, estaban ausentes. Cyrus Gerry observaba y su mente especulativa crecía en sospechas y críticas.

-No me asombraría -dijo a su esposa- saber que está soñando demasiado. Robyspierry era lo que podríamos llamar un soñador; pero Virginyord se aproxima más a mi idea de un ciudadano norteamericano.

-¿Crees que tiene algo en la cabeza, que piensa demasiado? -dijo la lenta y plácida señora Gerry que rara vez opinaba.

-No lo sé -respondió Cyrus-, ¿pero qué si lo hace? Tal como yo lo veo, la humanidad, trabajando sobre este planeta, se encuentra con muchas cosas equivocadas. Y la mejor forma que conozco de solucionarlas es acopiar coraje y encararlas.

La concepción de la humanidad de Cyrus podía, no obstante, alcanzar para llegar a comprender al Judío Errante, pero no a Ayrault, quien siguió su camino más solo que antes.

Habiéndose apartado por largo tiempo del camino de la acción -o al menos del que proporciona satisfacción al imaginar proyectos que otros ejecutan- estaba, más que nunca, hundiéndose día a día. Hubo una huelga en una de las fábricas del pueblo vecino, y también una reunión pública a la que se le suplicó que fuera, como persona no identificada con ninguna facción, para utilizar su influencia en lograr la paz. Eso hizo efecto sobre él y prometió asistir. Además pensó algunas pocas cosas que, se dijo, podían resultar buenas; pero olvidó el día de la reunión, y caminó diez kilómetros en otra dirección. En otra ocasión, al ir a la pequeña estafeta, el encargado le pidió que le tradujese varias cartas en francés, dirigidas a ese funcionario desde una desconocida ciudad del Canadá. Resultaron contener ansiosas preguntas sobre el paradero de una joven y bonita francesa a quien Ayrault había ocasionalmente encontracio en dudosa compañía. Su pena fue acrecentada por la ansiedad de los pobres padres, que eran los que escribían. Les respondió él mismo, prometiéndoles intervenir en beneficio de la joven; retrasó, día a día, el cumplimiento de la promesa, y luego, cuando finalmente la buscó, ya no pudo ubicarla. Y mientras el poder de su acción eficiente menguaba, el poder de sus sueños aumentaba. Sus pequeñas personas estaban más ocupadas con él que antes, y él los controlaba cada vez menos. Era Gulliver atado y engrillado por liliputienses.

Pero una agitación mayor se abría camino en él. La tormenta de la guerra civil había empezado a soplar en las colinas: los regimientos se estaban alistando, formando los cuerpos. La excitación alcanzó las entumecidas energías de Ayrault. Nunca, antes, había sentido tal emoción. La vieja sangre hugonote todavía corría con fuerza por sus venas. Durante días y noches, esos pensamientos poseían su mente y sus sueños se desvanecían totalmente. Luego hubo un apaciguamiento de la excitación; el reclutamiento se detuvo, y sus hábitos nocturnos y sus visiones confusas volvieron con triste monotonía. Después llamaron nuevamente a las tropas. Y un viejo amigo de Ayrault llegó a un pueblo vecino; allí se encontraron un mediodía en una de las iglesias donde se reclutaban soldados. Ayrault escuchó con interés absorto la vehemente exhortación, y luego, cuando comenzó el reclutamiento fue el primero en presentarse. Sucedió que el trámite no pudo ser concluido inmediatamente pues los papeles necesarios no estaban allí. Otros jóvenes de la vecindad siguieron el ejemplo de Ayrault, y acordaron que todos irían a la ciudad al día siguiente para alistarse en las fuerzas regulares. Pasó toda la tarde en preparativos y conversando con los otros voluntarios ansiosos, que parecían ver en Ayrault su cabeza directriz. Era seguro, le dijeron, que sería un oficial en la compañía. Se sintió como nuevo; estaba flotando en el aire, listo para salir nadando hacia otro nuevo planeta. ¿Qué tenía ahora en común con el pálido soñador que se alimentaba con su imaginería absurda de la que apenas lograba evitar ser controlado? Cuando esto cruzaba por su mente daba gracias a Dios por haber escapado. Abrió completamente las ventanas de su habitación. Odiaba hasta la imagen de la escena que su orgullosa visión había logrado, llegando a ser el Monarca de los Sueños. No importaba: ahora era libre, y el conjuro estaba roto. Vida, acción, obligaciones, honor, una nación para redimir estaba ante él; todas las marañas habían sido deshechas.

Esa tarde ocurrió algo en el pequeño pueblo que abrió las puertas de todas las casas. Un joven salió al galope de la ciudad, despertando los ecos de las colinas con las notas improvisadas de la corneta que tocaba mientras corría. Cabalgando de casa en casa de aquellos que se habían comprometido, contó las nuevas. Habían sufrido una gran derrota; los refuerzos habían sido citados instantáneamente; y el regimiento escasamente organizado, sin entrenamiento, desarmado, ni siquiera uniformado, había recibido la orden de marchar de noche hacia el frente y reemplazar en los fuertes que rodeaban Washington a otros reclutas

menos preparados aún. Todo hombre que deseara alistarse debía presentarse de inmediato; más, antes del amanecer el regimiento pasaría en un tren especial por el pueblo, de modo que todos los voluntarios debían reunirse en la estación, que estaba cerca de sus casas. Fueron horas febriles para Ayrasult, y alrededor de la medianoche se tiró en la cama para reposar un momento, dejando estrictas órdenes de despertarlo. No tenía un solo pensamiento sobre el mundo de las visiones; y, si lo hubiera tenido, habría sido para alegrarse de haberlo eludido para siempre.

Si un hombre, en un momento de su vida, intenta lo mejor, ello será, al menos parcialmente, el resultado acumulado de sus acciones pasadas. Nunca había parecido Ayrault tan a salvo de la muchedumbre congregada en sus propios delirios: y, sin embargo, nunca habían caído sobre él con un poder tan terrible. Otra vez estaba en los majestuosos salones que su imaginación había construido tan laboriosamente: otra vez la turba de seres irreales alrededor de él era más igual a él que él mismo. Ayrault estaba sitiado, rodeado, abrumado; de alguna manera perdido en la multitud de sus egos. Si algún pensamiento confuso sobre su proyectada vida en el ejército penetraba sus sueños, aparecía totalmente subordinado; o ayudaba meramente a enfatizar la vastedad y la fuerza del poder de ese ejército fantasma que se había construido, y en el cual se había complacido en alistarse.

En medio de sus sueños tumultuosos llegaron sonidos confusos del exterior: las ruedas del tren, los bufidos de las locomotoras, golpes de tambor, vítores de hombres, estallido y estruendo de fuegos artificiales. Mezclado con todo llegó el repetido ruido de los golpes en su propia puerta, que había cerrado con llave por simple fuerza de la costumbre, al acostarse. Los sonidos parecieron sumarse como un nuevo tumulto a las figuras del sueño. Éstas habían comenzado súbitamente a incrementar su tamaño, tal como antes habían decrecido; y ese crecimiento era más aterrador que la anterior mengua. De Gulliver entre los liliputienses, Ayrault era ahora Gulliver en Brobdingnag. Cada imagen de él, antes diminuta, se hizo colosal, bloqueando su paso; en realidad no podía encontrarse a sí mismo, no podía decir quién era el que debía despertarse en medio del vasto e infinito número de sus autoduplicaciones. Fue vagamente consciente, en medio de su aturdimiento, de que los gritos del pueblo se calmaban, de que las luces se estaban apagando; y el tren con los jóvenes soldados se ponía otra vez en movimiento, latiendo y resonando sobre las vías, trasportando la última oportunidad de su vida lejos... lejos lejos.